



HISTORIA GENERAL
DE
FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 30 y 31.

BARCELONA

EMPRESA EDITORIAL LA «ENCICLOPEDIA ILUSTRADA»
CALLE DEL CÁRMEN, NÚMEROS 30 Y 32.

MADRID.

DON JUAN ULLED, CALLE DEL RELOJ, NÚM. 24, CUARTO 2.º

tada, viajaba de pais en pais predicando la guerra santa. El celo apostólico de Pedro fué secundado poderosamente por el papa Urbano. En los concilios de Placence y Clermont se propuso con elocuencia la toma de Jerusalem y todos la aprobaron con entusiasmo. ¡Dios lo quiere! fué el grito unánime

de los pecados y penitencias, la dispensa de las prácticas de abstinencia que la supersticion imponia ó suspendia á su antojo, la absolucion de todos los crímenes y atentados, la seguridad de una felicidad eterna y otros varios privilegios se prometian en recompensa á los que tomasen parte en la



FUROR DE JUAN DESPUES DE HABER FIRMADO LA CARTA MAGNA.

que salió de todos los corazones y de todos los labios; y esas palabras, proferidas por un fervor estraviado, dan á la vez la explicacion mas cierta y natural de la causa principal de todas las cruzadas.

9. — Todos los medios fueron empleados para propagar esa santa epidemia; la remision

cruzada. Nadie dudaba que los que muriesen en la guerra dejasen de ir derechamente al cielo y recibiesen la palma del martirio. Y como si todo esto no fuera bastante, el clero forjó milagros y fanáticas profecias para llevar el entusiasmo á su colmo: y tales sentimientos de devocion concurrieron con todos

los demás motivos que pudiesen influir en los hombres de entonces, tales como la curiosidad, un espíritu turbulento de emulación, el afán de libertinaje, la sed de guerra y la ambición.

Es muy probable que entre los príncipes que tomaron la cruz algunos formarían desde el principio planes sobre la posibilidad de formar en el Oriente Estados independientes. Las ventajas temporales de las cruzadas se mezclaron indudablemente más tarde con otras consideraciones menos interesadas; hizo el viaje de la Palestina, como más tarde se hicieron los viajes á las colonias, para restaurar su honor ó para reparar su fortuna. Así vemos que Guido de Lusignan, manchado con un crimen y fugado de su país, se vió después elevado al trono de Jerusalén.

Otros alicientes se ofrecieron á las clases inferiores; el fanatismo dominante en tiempo de la primera cruzada había hecho que pasaran aquellos casi en olvido; pero luego produjeron gran efecto cuando aquel fanatismo empezaba á entibiarse. Mientras un cruzado llevaba la cruz no podían perseguirle sus acreedores y dejaba de correr el interés de sus deudas; estaba exento, á lo menos en ciertos casos, de toda especie de tasa, y puesto bajo la protección de la Iglesia; de suerte que no podía ser llevado ante ningún tribunal civil, escepto en materia criminal ó en los procesos relativos á la propiedad del Estado.

10.—Ninguno de los soberanos de Europa tomó parte en la primera cruzada; pero en ella figuraron sus vasallos principales, una gran parte de la baja nobleza é innumerable multitud de personas de las clases inferiores. Los sacerdotes abandonaron sus parroquias, los frailes sus celdas, y los labradores, si bien en general permanecieron en su tierra, emigraron en gran número. Una infinidad de mujeres y niños aumentaron la muchedumbre. Se habría creído cometer un sacrilegio impidiendo de hecho ó de palabra que una persona participase en una obra que se miraba como la voluntad manifiesta del cielo.

Sin embargo, si pudiesen interpretarse los designios de la Providencia por los resultados de la empresa, ninguna habría sido considerada como merecedora de la reprobación divina tanto como la de las cruzadas. Rara vez se ha visto acumularse tantos crímenes y calamidades como en el corto espacio de los tres años de la primera expedición. Autoridades hallaríamos en los autores contemporáneos para evaluar la pérdida de los cristianos tan solo, á cerca de un millón de hombres; y según los cálculos más moderados, el verdadero número debió llegar á más de la mitad de dicha cifra. Alistarse para la cruzada y perecer eran sinónimos en aquel tiempo.

De tantos miles de hombres como se reunieron en las llanuras de Nicea, pocos fueron los que volvieron á Europa. Sitiadores unas veces y sitiados otras, apuraron hasta las heces la copa del dolor en Antioquía, y de trescientos mil que eran al empezar el sitio de esta plaza, solamente quedó la sexta parte para continuar las operaciones, cuando todavía no había transcurrido un año.

La toma de Jerusalén que coronó el triunfo de los cruzados, se manchó con la matanza más horrorosa y repugnante, que no terminó con la resistencia del enemigo, sino que con entera sangre fría fué comenzada de nuevo aun después de la procesion espíto-ria al Santo Sepulcro, ceremonia que al parecer hubiera debido calmar la violencia de las pasiones; pero que por efecto de un ciego entusiasmo contribuyó á redoblar el fanatismo religioso.

Las conquistas de la primera cruzada que tantos hombres y dispendios costaron, estaban en gran parte circunscritas al litoral de la Siria. Escepto el gobierno de Edesa, situado á la otra parte del Éufrates, y que en sus mejores tiempos abarcaba gran parte de Mesopotamia, las posesiones de los latinos no se extendieron nunca más que á pocas leguas del mar.

Guillermo de Tiro atribuye la decadencia de las fundaciones de dominios de los cristia-

nos en Oriente á la extraordinaria corrupcion de sus costumbres, á la adopcion que de las armas europeas hicieron los orientales, y á la reunion de los Estados mahometanos bajo un solo monarca; pero sin ánimo de rebatir la influencia de esas causas, creemos que la primera y principal debe atribuirse á los medios de defensa.

La penitencia que generalmente se imponia á las personas de cierto rango por los crímenes mas escandalosos, consistia en servir por espacio de ciertos años bajo la bandera de la cruz. De manera que Europa mandaba al Asia continuas tropas; y en tal sentido puede decirse que las cruzadas se prolongaron sin interrupcion mientras subsistió la duracion de los establecimientos latinos de Oriente.

A pesar de las infinitas desgracias y de las inmensas pérdidas de hombres que las cruzadas anteriores habian producido, despertóse el celo religioso de algunos príncipes de Europa, y se inauguró la tercera cruzada bajo los auspicios mas favorables; puesto que la iniciaron Federico Barbaroja, Felipe Augusto y Ricardo *Corazon de Leon*, los soberanos mas ilustres de la época, tanto por su rango como por su mérito personal. Pero esa expedicion, lo mismo que las anteriores, no tuvo resultados positivos, y las hazañas novelescas que hicieron tan célebre en Europa y Asia el nombre de Ricardo (rey de Inglaterra), solo sirvieron para demostrar que todos los esfuerzos eran inútiles para empresa semejante.

Acre, última ciudad que quedaba á los cristianos de todas las conquistas de las cruzadas, fué por fin tomada por asalto en 1291, y la toma de esa ciudad termina la historia de las posesiones latinas en las regiones del Asia.

San Luis, rey de Francia, emprendió las dos últimas cruzadas. En la primera le acompañaban dos mil ochocientos caballos y cincuenta mil infantes. Desembarcó en Damietta de Egipto, pais considerado á la sazón como clave de la Tierra Santa, y se hizo fácilmente

dueño de la ciudad. Pero á medida que fué internándose en aquel pais hallaba obstáculos naturales insuperables y enemigos mas terribles á quienes combatir.

Los turcos además le atacaron con el famoso fuego griego, agente de destruccion tan poderoso casi y tan terrible como el fuego de pólvora. Perdió á su hermano el conde de Artois y una infinidad de caballeros en la batalla de Masura, cerca del Cairo, y desde allí emprendió su retirada, demasiado tarde por desgracia, á Damietta. Entonces fué cuando aquel ejército fué acometido por una de esas calamidades que tienen pocos ejemplos en la historia. Una peste espantosa concurrió á agravar los horrores del hambre y las privaciones de toda especie. El rey fué hecho prisionero; y muy pocos soldados escaparon á la cimitarra de los infieles. Exigióse la cantidad de 400,000 libras para el rescate del rey Luis, el cual vuelto á Francia, pasó cerca de veinte años en la práctica de las virtudes que tienen derecho á la canonizacion, mayormente cuando es un potentado quien las practica.

11.—Sin embargo, Luis el Santo, mientras como hemos dicho se consagraba á las virtudes, acariciaba en su mente planes de guerra y devastacion, como si no hubiese llevado escarmiento en cabeza ajena y en cabeza propia, como si no fueran bastante los torrentes de sangre y las desgracias que habian causado las cruzadas anteriores. Su última expedicion estaba destinada al principio á Jerusalem; pero como quiera que se le hiciese comprender que el rey de Túnez deseaba abrazar el cristianismo, cambió de plan, llevado de su afán de ver realizados sus deseos, é hizo vela á la vela hácia África y puso sitio á Túnez.

Allí fué donde la calentura puso término á su vida, sacrificado á la pasión dominante que no le habia abandonado jamás.

Las cruzadas terminaron al mismo tiempo casi que el espíritu que las promoviera; y se dejó perder á los cristianos lo que todavía conservaban en la Tierra Santa. Varios

príncipes en los siglos siguientes hablaron de renovar la guerra santa; pero si sus proyectos fueron sinceros, no lo fué el cumplimiento de sus promesas.

Así terminaron unas guerras que la religion cristiana promovió, y que solo consiguieron desacreditarla despues de causar la pérdida de muchos centenares de miles de hombres é inmensas riquezas, sin haberse obtenido en cambio ninguna verdadera utilidad moral ó material, ni el menor progreso é importancia para el Occidente de Europa.

12.—Casi todas las naciones cristianas de Europa tomaron parte en aquellas guerras tan inútiles como desastrosas. Pero cumple manifestar para gloria de España que nuestra nacion no tomó parte en ninguna



PUERTA DE PARIS JUNTO AL SENA (SIGLO XII).

de ellas; bien que estamos persuadidos de que España se habria armado contra el Asia al igual de las otras naciones cristianas de Europa, si en su seno no hubiese tenido que atender á una guerra continua contra los moros, guerra que aunque implicaba la idea religiosa, tenia un objeto mas noble; puesto que los españoles combatian sin tregua por su independencia y con el intento de arrojar de su país á los sarracenos que lo habian invadido merced á la traicion del conde Don Julian ó mejor dicho, á la veleidosa corrupcion del rey Don Rodrigo.

13.—La primera cruzada de Palestina dió origen á tres órdenes religiosas y militares que tanto dieron que hablar mas adelante. Dichas órdenes fueron la de los hospitalarios

ó de San Juan, la de los templarios, y la de los caballeros teutónicos conocidos primeramente con el nombre de hospitalarios teutónicos.

El objeto principal de dicha institucion era defender la Tierra Santa y combatir á los infieles, debiendo además los hospitalarios recoger, como su nombre indicaba, á los enfermos ó á los que no pudiesen seguir á los ejércitos. Pero se distinguian esas tres órdenes en que los hospitalarios llevaban el traje negro con una cruz blanca de ocho puntas; los templarios, el traje blanco con la cruz encarnada, y los teutónicos, la capa blanca con cruz negra recamada de plata.

Durante las cruzadas se instituyeron además dos órdenes puramente religiosas que



OTRA PUERTA DEL RECINTO DE PARIS (SIGLO XII).

los papas aprobaron: éran la de los frailes franciscanos (1210) y la de los dominicos ó hermanos predicadores (1215). Como quiera que al principio no poseyeran nada y que con propósito de no poseer se fundaron entrambas, viviendo tan solo de lo que les diera la prodigalidad de los grandes ó la devocion de todos los católicos, recibieron el nombre de órdenes mendicantes. Poco tiempo despues de haberse instituido dichas órdenes militares y religiosas que se difundieron con el tiempo por casi todos los pueblos de la cristiandad, las encontramos establecidas en la Alemania superior bajo la proteccion de los Hohenstaufen.

En tiempo de las cruzadas empezó á remontarse á su apogeo el cristianismo, y este

fenómeno debiera ser estudiado con mucha detención por los filósofos é historiadores, porque entonces empezó igualmente la sociedad á sumirse en un mar de confusiones, ignorancia y desdicha, hasta que los hombres pensadores y amantes de la humanidad tuvieron el suficiente valor de condenar los males que el catolicismo causaba, dando con sus predicaciones origen á las reformas que arrastraron indefectiblemente á la Iglesia al camino del progreso.

se difundían las ideas de libertad y emancipación, y disminuía el número de siervos sujetos al terruño. Verdad es que todos los hombres de inteligencia privilegiada que, amantes del progreso de la humanidad, se atrevían á propagar con eficacia las ideas contrarias al despotismo, eran víctimas en general de la venganza de los tiranos. Y de paso haremos notar que la mayor parte de los herejes que la Iglesia castigó mas cruelmente fueron, no los que predicaban doctri-



FELIPE AUGUSTO MANDA EMPEDRAR LAS CALLES DE PARÍS (1185).

Grande fué, empero, la suerte de la humanidad con despertarse el deseo de cultura que vemos desplegarse en aquellos tiempos. En tanto que los papas procuraban realizar su ideal, fomentando el poder temporal, y estableciendo el terrorismo y la persecución de los herejes, valiéndose para ello de medios tan inícuos como los practicados por el tribunal de la Inquisición, los pueblos se civilizaban á despecho del catolicismo: se creaban escuelas que proporcionasen enseñanza hasta á las clases mas desheredadas del saber,

nas contrarias á la moral y pureza de la religión, sino los que se atrevieron á proferir ó escribir pensamientos contra la política absorbente y tiránica de la Iglesia, contra el despotismo, ambición ó arbitrariedad de los papas.

No entra sin embargo en nuestros propósitos estendernos por ahora en consideraciones sobre el particular, y por lo tanto se nos permitirá entrar en otro punto tanto ó mas importante que este con respecto á la historia de Francia.





CAPÍTULO IV.

1.—Primera cruzada. Pedro el *Ermitaño* y el concilio de Clermont.—2. Partida de los primeros cruzados.—3. Partida del segundo ejército de cruzados.—4. Los cruzados en Constantinopla.—5. Invasión en el Asia Menor. Batalla de Dorilea.—6. Los cruzados en Antioquía.—7. Toma de Jerusalén.—8. Fundación de un reino francés en Palestina.—9. Organización del reino de Jerusalén.—10. Participación de Francia en las cruzadas.—11. Resultados generales de las mismas.—12. Resultados para el comercio y la industria.—13. Historia de las órdenes militares.—14. Desarrollo de la institución de la caballería.

1.—Prosigamos ahora con orden la narración de la primera cruzada, ya que con la idea general que de esas guerras acabamos de dar, el lector se habrá preparado á seguir convenientemente los sucesos del período que historiamos.

Jerusalén, pues, había caído á manos de una tribu de turcos menos tolerantes que los que hasta entonces habían mandado en Palestina; y por lo tanto los peregrinos no podían acercarse al Santo Sepulcro sin arrostrar serios peligros y toda clase de ultrajes é injurias. Pedro el *Ermitaño* al regresar á Europa predicó con ardor y entusiasmo la guerra contra los enemigos de Jesucristo, y fué tal el ódio que contra todos los herejes inspiró, que al mismo tiempo que se perseguía y entregaba á las llamas gran número de cristianos disidentes, el pueblo se armaba en todas partes para correr á arrancar de las manos de los turcos el sepulcro de Jesucristo.

El concilio de Clermont congregado en 1095 bajo la presidencia del papa Urbano II secundó la propaganda de Pedro el *Ermitaño*, y entre aquel año y el siguiente pegáronse una cruz roja al pecho en señal de alistarse para la guerra santa cerca de un millón de hombres poseídos de ardor bélico contra los que creían sus mayores enemigos. La Iglesia puso á todos esos guerreros bajo la protección de la Tregua de Dios, concediéndoles varios privilegios.

2.—«Véase, dice Guiberto de Nogent, desembarcar hombres en los puertos de Francia, que no pudiendo darse á entender

con el habla, ponían un dedo sobre otro en forma de cruz denotando que querían alistarse para la guerra santa.» El pueblo, mas desinteresado y religioso que los demás, se dejó llevar de su impaciencia y fué el primero que al grito de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* partió sin orden ni plan concertado, sin preparativos y casi sin armas. Ancianos, mujeres y niños quisieron acompañar á sus hijos, á sus esposos, á sus padres, aumentando de tal suerte de una manera fabulosa la expedición.

Quince mil hombres se habían destinado á la vanguardia de aquel ejército indisciplinado, y Gauthier *Sin haber* los mandaba siguiendo las órdenes de Pedro el *Ermitaño* que le iba en zaga con 100,000 cruzados. Cerraba la marcha otro ejército numeroso mandado por un sacerdote alemán, llamado Gotteschalck. Y de esa suerte casi todos á pié, desprovistos de municiones de guerra, mal armados, y sin caballos mas que para algunos pocos jefes, tomaron el camino de Palestina pasando por Alemania, y de paso inmolaban á cuantos judíos encontraban, á la vez que robaban y saqueaban las poblaciones para proveerse de víveres.

Tales fueron las violencias y desórdenes, que los pueblos de Hungría, al tener noticia de la llegada de la cruzada, se alzaron en armas y la rechazaron hácia la Tracia después de haber dado muerte á muchos que habían aceptado el combate. Y con esto y con las penalidades y males del camino solamente llegaron un corto número á la presencia de Constantinopla, y aun allí no

quiso admitir el emperador Alejo Comneno tales auxiliares, y se apresuró á hacerlos pasar al Asia, donde cayeron bajo el alfange turco en la llanura de Nicea, sin escaparse apenas ninguno de los desgraciados que habian salido de Francia aquel mismo año (1096).

3.—Pronto se tuvieron noticias de que los cruzados primeros no conseguirian nada por falta de elementos y organizacion; y así fué que mucho antes de llegar esos al Asia, se armaron muchos nobles y caballeros jurando tomar la cruz y partieron, segun dicen algunas historias, 600,000 infantes y 100,000 caballos por diferentes caminos y bajo las órdenes de distintos jefes: los loresneses y franceses del norte tomaron por Alemania y Hungría, marchando con ellos el valeroso y renombrado Godofredo, duque de Bouillon y de la baja Lorena. Los cruzados de la parte meridional de Francia, acaudillados por el poderoso conde de Tolosa, pasaron los Alpes, y por Dalmacia y Esclavonia atravesaron la Tracia.

El duque de Normandía, los condes de Blois, de Flandes, y del Vermandés fueron á reunirse con los normandos de Italia, y al mando de esos caudillos y Bohemond, príncipe de Tarento, y del cumplido y célebre caballero Tancredo primo suyo, atravesaron el Adriático, la Grecia y la Macedonia para ir á reunirse con los otros ejércitos delante de Constantinopla, que era el lugar de la cita que se habia fijado de antemano.

4.—Temia el emperador Alejo que los cruzados empezasen la guerra atacando sus dominios, y algunos en efecto, al hallarse junto á la capital del imperio griego, hablaban de quererla tomar para poner término á «las perfidias de esos griegos degenerados que son los hombres mas cobardes.» No obstante, Godofredo de Bouillon se opuso, haciendo además homenaje al emperador de todas las tierras que con los suyos conquistaria. Poco ó nada replicaron los demás caudillos de la cruzada, si bien algunos cometieron excesos que son siempre comunes entre la gente guerrera.

5.—La primera ciudad que les salió al paso fué la de Nicea, donde encontraron las llanuras cubiertas de huesos de los primeros cruzados que habian tropezado con la muerte donde creyeran conquistar laureles. Despues de dos combates y de treinta y cinco dias de sitio tuvieron que levantarlo, y se pusieron en marcha con el propósito de atravesar el Asia Menor por el camino mas corto, y se internaron por los desiertos del centro de la Turquía Asiática. En ese camino tuvieron que apurar los cruzados toda suerte de padecimientos y amarguras. Los ligeros escuadrones turcos del sultan de Iconium corrian incesantemente en torno de ellos atacándoles sin descanso y llevándose los rezagados y los enfermos, impidiéndoles de este modo que se separasen del grueso del ejército para ir á renovar los víveres, el forraje y el agua.

Muchos cruzados caian en poder de aquella caballería turca que de improviso y pocas horas despues de haberlos atacado, volvía á inquietarles, ora picando la retaguardia, ora batiendo á los que por necesidad se destacaban; y cuando el sultan creyó que los cruzados estarian ya abatidos, desalentados, cayó sobre ellos con inmenso número de caballería y les presentó batalla delante de Dorilea (Frigia) al noreste de Konieh. Muchas pérdidas sufrieron allí los cruzados y sin duda habrian quedado todos en el campo de batalla, á no haberse presentado con su ejército Godofredo de Bouillon, que con denuedo acometió al enemigo obligándole á tomar la fuga, y salvando á los suyos que se consideraban enteramente perdidos. Desde entonces Godofredo fué mirado como un hombre extraordinario, y su nombre iba de boca en boca con el mismo entusiasmo que el nombre de los ilustres héroes.

6.—Con el repentino socorro de Godofredo los cruzados recobraron en parte el ánimo que habian perdido, y se reorganizaron para avanzar; pero no sin grandes padecimientos atravesaron el Tauro y descendieron á Siria, llegando el dia 18 de octubre de 1097 delante de la ciudad de An-

tioquía defendida por un fuerte recinto de murallas armado con 450 torres y una guarnición de 20,000 hombres. Los cruzados eran en número de 300,000. De esta cifra se infiere el espantoso número de pérdidas

Los 300,000 cruzados, pues, permanecieron por espacio de siete meses delante de Antioquía, y probablemente habrían tenido que levantar el sitio ó sufrir muchas é infructuosas pérdidas, si el caudillo Bohemond,



VILLEHARDOUIN ESPONE ANTE EL PUEBLO DE VENECIA LA DEMANDA DE LOS CRUZADOS.

que sufrió el segundo ejército de cruzados. El primero había quedado destruido por completo: los huesos de los primeros cruzados sirvieron de defensas, de trincheras á los segundos en la llanura de Nicea.

primo de Tancredo, no hubiese sobornado á uno de los emires del sultan, el cual le entregó tres de las torres mas importantes del recinto. En medio de una noche borrascosa en que el ruido del viento y del trueno en-

sordecia á los centinelas turcos, los cristianos subieron á las torres y murallas contiguas con escalas de cuerda que desde la plaza les tiraron los turcos vendidos á Bohemond.

contrarios ni siquiera tuvieron valor de defenderse, y mas de diez mil cayeron á los filos de las espadas cristianas. Antes de entrar en la ciudad el cuerpo del ejército sitia-



ASESINATO DEL LEGADO PEDRO DE CASTELNAU.

Una vez dentro, los cruzados se arrojaron sobre la ciudad á los gritos de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* y entre tanto caian por todas partes las cabezas de los hombres del sultan que ante número tan superior de

dor, el príncipe normando estipuló con los otros caudillos que Antioquía quedaria suya como parte del botin.

A pesar de que los cruzados habian tomado las armas para defender el sepulcro del

fundador de la religion mas moral y humanitaria, cometieron toda clase de excesos: las mujeres y hasta las niñas fueron víctimas del desenfreno y de la corrupcion. Tales excesos diezmaron al ejército cristiano, y los que quedaron con vida entregados á la molición y al goce de la conquista, fueron á su vez sitiados por un ejército turco mandado por Kerbogá, general dependiente del califa del Bagdad. La peste y el hambre se hicieron sentir muy pronto produciendo los estragos consiguientes; de suerte que muchos cruzados desconfiando de llegar á Jerusalem, desertaron del ejército para volverse á Europa.

Pocos habrian quedado de aquel segundo ejército cristiano que hubiesen querido proseguir la campaña, si un sacerdote marsellés llamado Pedro Barthelemy, no hubiese recurrido á uno de esos engaños que en aquella época podian tener crédito. Presentóse al general en jefe de las tropas cristianas, y le dijo que San Andrés le habia revelado en sueños que la lanza que habia abierto el costado á Jesucristo estaba bajo el altar mayor de la iglesia; y que aquella lanza habia de dar el triunfo á los cruzados. Abrióse en efecto el altar, y se encontró la lanza, produciendo tal milagro un entusiasmo tan grande, que todo el ejército de la cruz pidió salir al encuentro de los turcos, y estos fueron dispersados no obstante el valor y esfuerzos del general Kerbogá.

7.—Sin embargo, no se encaminaron enseguida á Jerusalem, sino que todavía permanecieron seis meses en Antioquia donde la peste les devoraba. Salieron por último cuando no contaban mas que la sexta parte del número que formaban antes de entrar en Antioquia, ó sea, cuando no eran sino en número de 50,000. Avanzaron sin perder nunca de vista el Mediterráneo para estar en comunicacion con las naves de los pisanos y genoveses, que les llevaban provisiones. Despues de tantas penalidades pasaron la última colina que les ocultaba la ciudad de Jerusalem, y al verla se postraron de hinojos y

besaron la tierra con vivo fervor y entusiasmo.

La ciudad de Jerusalem estaba defendida por las tropas del califa fatimita del Cairo, que la habian conquistado á los turcos; y temeroso ese califa de que los cristianos pudiesen tomarle aquella ciudad, propuso á los caudillos cristianos dejar entrar en Jerusalem todo el ejército católico, con tal que no entrasen armados. Los caudillos franceses rechazaron con indignacion semejante propuesta, con lo cual dieron á entender al califa que no le quedaba otro medio que luchar hasta vencer á los cristianos ó morir.

De consiguiente, los dueños de Jerusalem se pusieron en estado de resistencia, y los cristianos empezaron el sitio de la ciudad santa tan codiciada por todos aquellos guerreros que habian abandonado su patria y arrostrado continuos peligros para sellar con su sangre la conquista del Santo Sepulcro. Junto á los muros, pues, de Jerusalem pasaron los sitiadores varios meses deseando ardientemente penetrar en ella. El sol abrasaba la tierra; el torrente de Cedron estaba seco, y los aljibes se habian rellenado de tierra ó cegado por los sitiados al aproximarse sus enemigos. De suerte que no á ser algunos charcos de agua fétida que los caballos no querian beber á pesar de la sed, habrian tenido los sitiadores precision de levantar el sitio ó morir sedientos.

El ejército cristiano empezaba á insubordinarse, á perder la fuerza moral que es la gran palanca removedora de los obstáculos que se oponen al triunfo; y para restablecerla se hizo una procesion solemne al rededor de la ciudad: al llegar de esa suerte al monte Olivete, los cruzados se prosternaron implorando el auxilio de Dios. Así dispuestos los ánimos y habiendo renacido la confianza, perdida á fuerza de sufrimientos y horrores, se dió la orden de dar el asalto, y al amanecer del 14 de julio de 1099, los cruzados avanzaron con designio de saltar á la ciudad. Mas despues de todo un dia de rudo combate fueron rechazados no obstante sus

medios superiores de defensa y en especial la tres torres rodadizas con las cuales se protegía el asalto de los sitiadores.

Pero al día siguiente se trabó nuevamente un reñido combate hasta que tras largas horas de luchar vencieron los cruzados y saltaron á la plaza precedidos de Tancredo y Godofredo. Prosiguió entonces una lucha desesperada en las calles y plazas y mayormente en la mezquita de Omar, donde se habian refugiado los últimos combatientes del califa, y de donde fueron arrojados pereciendo á manos de los vencedores. Sin olvidar que es una exageracion lo que nos dice un cronista de que la sangre de los jerosolimitanos corria á torrentes por las calles hasta llegar á los pretales de los caballos, diremos que la carnicería fué espantosa, porque desde el asalto se habia convertido el combate en luchas á brazo partido y cuerpo á cuerpo.

Terminado el combate general se hizo una procesion en accion de gracias á Dios, la cual visitó los santos lugares; pero en el entre tanto y despues de esa ceremonia religiosa continuó la persecucion contra los desgraciados habitantes de la ciudad tomada.

8.—Menester era conservar la conquista, y al efecto nada mejor que organizarla conforme con los Estados cristianos dándole un jefe con las prerogativas de soberano. De entre los varios caudillos fué proclamado por rey del nuevo reino el capitán mas popular y valeroso, esto es, Godofredo de Bouillon que desde que habia salvado al ejército cruzado de una inminente derrota, se elevó, como hemos indicado, por sobre los demás jefes. Por otra parte, tal vez era el que mas derechos tenia á tal preferencia. No quiso tomar el título de rey sino el de DEFENSOR Y BARON DEL SANTO SEPULCRO, así como se negó á ceñirse la corona de oro «allí donde el Rey de reyes habia llevado la corona de espinas.»

Poco tiempo despues un ejército del califa de Egipto pretendió recobrar la ciudad de Jerusalem; mas los cruzados le salieron al

encuentro y cerca de Ascalon fue batido y dispersado asegurándose con ese nuevo triunfo la conquista de la primera cruzada. Pero ¡á costa de cuántas pérdidas, de cuántos dolores y de cuánta sangre se alcanzó tan exígua conquista! Esta fué la causa de que, aun cuando se habia abatido el orgullo de la media luna, y que de ese abatimiento habrian podido sacar gran partido los cristianos, se mostrasen estos fastidiados de la guerra y cansados de tantas fatigas.

Los pocos que habian entrado en Jerusalem manifestaron vivos deseos de volver á su patria, y no quisieron quedarse con Godofredo y Tancredo mas que unos trescientos caballeros «No olvideis, decian estos con lágrimas en los ojos al separarse de sus compañeros; no olvideis jamás á vuestros hermanos que quedan en el destierro.» Mas nadie pensó en volver al Asia cuando se vió regresar á tan pocos hombres de los que formarían parte de la colosal expedicion salida de Europa para ir á conquistar la ciudad del Santo Sepulcro. No es de estrañar, pues, que pasara medio siglo antes de emprender otra cruzada para defender y auxiliar á los cristianos del reino de Palestina.

9.—Ese reino, como decíamos, se organizó para la defensa constituyéndose normalmente segun los principios del feudalismo adoptados por la mayoría de los pueblos occidentales de Europa. Aquella colonia francesa, cuyo nombre en realidad le procede, conservó las leyes, los usos, costumbres y lengua que Francia le habia importado. Sus leyes fundamentales fueron el *Código de Jerusalem* mandado redactar por Godofredo de Bouillon, y en el cual se encontraba completamente abarcado todo el régimen feudal, á pesar de que este no se habia compendiado en ningun monumento legislativo.

Desde la toma de Jerusalem se instituyeron feudos, atribuyéndose á los que mas títulos tenian ó que mas se habia distinguido en aquella guerra: así vemos establecidos luego los principados de Edesa y Antioquia, aumentados al poco tiempo con el condado de

Trípoli y el marquesado de Tiro, los señores de Naplusa, Jaffa, Ramla y Tiberíades. Así se formó aquella colonia francesa que por algun tiempo dominó á la poblacion vencida haciéndole sufrir todo el peso de la tiranía propia del militarismo de la Edad Media y del odio religioso que era general en el catolicismo contra el islamismo, así como lo es aun hoy en este contra aquel.

10.— Si bien hemos dejado traslucir que Europa entera se horrorizó al ver los estragos que la cruzada primera habia producido, hemos de decir que aun cuando no se formó en cincuenta años otro ejército para marchar á estender los dominios de los cristianos en oriente, eran muchos los guerreiros que por su fervor religioso ó por su ambicion ó por huir de su descrédito, se encaminaban á Palestina aumentando de esa manera las tropas consagradas á la defensa del nuevo reino de Jerusalem.

Casi todos los historiadores atribuyen á la historia general de Francia, la partular de las cruzadas, porque en efecto los franceses fueron los que emprendieron esa guerra continuándola quizás siempre por sí solos. La primera cruzada se compuso casi exclusivamente de franceses; la segunda la hicieron junto con los alemanes (1147), la tercera con los ingleses (1190), la cuarta con los venecianos (1203); la quinta (1217) y la sexta (1228) carecieron verdaderamente de importancia, y la séptima (1248) y la octava (1270) fueron exclusivamente francesas. *Gesta Dei per Francos* (1), tituló su libro el historiador de las cruzadas, con lo cual se indica que dicho escritor atribuía aquellas guerras á Francia. Muchos son los escritores de allende el Pirineo que se han mostrado orgullosos de haber sido los únicos en las cruzadas; mas esto no ha de causarnos sorpresa en hombres de un pueblo que en general ha pecado siempre de vanaglorioso, aun á veces hasta el absurdo. La verdad es que no les hemos de envidiar nosotros tal

gloria, si puede serlo, como sin duda no se la envidia ninguna nacion de Europa.

11.— De las cruzadas no se sacó nungun provecho en pro del Estado ni en pro de la Iglesia; pues todo se redujo á pérdidas inmensas sin obtener mas que una efímera conquista, sin conseguir la conversion al catolicismo de una sola ciudad ó aldea. Pero es tal el prisma á través del cual miran los hechos pertenecientes á su nacion nuestros vecinos, que todo para ellos es gloria, tomando en cambio á mengua ó cosa insignificante muchas hazañas grandiosas de otro pueblo, si en ellas no han tomado ó atribuídose parte. En corroboracion de nuestro aserto transcribiremos las palabras de un historiador frances de nuestros dias (1), al cual tenemos por uno de los mas moderados y severos de su pais.

«Renovando, dice, los franceces las invasiones galas en el siglo onceno, pasaban, como en otro tiempo los celtíberos, los Pirineos; el canal de la Mancha, como los belgas y cimbríos; los Alpes, como los boyos y los insubros; el Rhin y el Danubio, como los galos que fueron osados con Alejandro, pillar á Delfos é hicieron temblar el Asia. Repetíase pues tras quince siglos de diferencia el mismo movimiento de expansion al exterior por todas las fronteras. Mas si lo alentaba el mismo valor, lo engrandecian otras ideas mas elevadas y una considerable superioridad moral. No iban los franceses (2) á Inglaterra ni á Nápoles en busca de fortuna (3); no iban á España ni á Oriente mas que para luchar y morir por la fe (4). Es uno de los espectáculos mas hermosos que se hayan dado al mundo el de que tantos millones de hombres se alzasen y corriesen á la conquista de un sepulcro. Muy pocos volvieron; y los que siguieron las huellas de los primeros peregrinos pudieron guiarse por las osamentas esparcidas que de estos habian quedado en

(1) «Hechos divinos ó santos de los franceses.»

(1) Victor Duruy, Historia de Francia, cap. XX.

(1) Los normandos eran, que no los franceses.

(2) ¿De qué, pues, si las conquistaron á traicion?

(3) Y para fundar un reino en Portugal y otro en Palestina.

los caminos. Pero la civilización es como una fortaleza ante la cual caen noblemente los primeros que abren brecha, y los demás pasan el foso relleno de cadáveres. La historia solamente menciona los nombres glorio-

ciones que fácilmente concebirán todos aquellos de nuestros lectores que se dejen guiar por la imparcialidad. Semejante modo de escribir la historia de Francia hace que pocos puedan con provecho en lo concier-



MUERTE DE SIMON DE MONFORTE (25 DE JUNIO DE 1218).

so consagrando su recuerdo y agregando á esa gloria la de la muchedumbre ignorada que corria en pos de sus jefes.»

No pretendemos refutar ese párrafo, porque tendríamos que estendernos en aprecia-

te á la nación vecina. Es cien veces preferible la de un autor perteneciente á otra nación; porque si no tiene la galanura de estilo y las bellezas de lenguaje que puedan tener selectos historiadores de Fran-

cia, en cambio ha de ser generalmente mas verídica é imparcial; y esas son las cualidades predilectas de la musa Clio.

Volvamos ahora á tomar el interrumpido hilo de nuestra narracion.

Jerusalen cayó luego en poder de los musulmanes, lo cual frustró todo el proyecto de los cruzados y en parte los de los promovedores de tan horribles guerras. Decimos en parte, porque no dudamos que algunos de los prelados reunidos en Clermont acariciaban la idea de poner término á las guerras perpétuas que se hacian en los paises de la cristiandad. Mas si bien es verdad que esas guerras decrecieron mucho, porque todos los hombres ambiciosos ó de espíritu batallador y aventurero se imaginarian mas ventajoso combatir en el Asia, donde se les ofrecerian vastos países para conquistar, y por lo tanto salieron de Europa en busca de guerras y aventuras, tambien lo es que en realidad nada consiguieron allí mas que aumentar el inmenso número de víctimas de un fervor religioso mal entendido.

12.—Y no se diga que Francia por medio de las cruzadas llevó la civilizacion á Palestina, porque lo desmentiria terminantemente el estado de atraso y miseria, ignorancia y barbarie en que quedaron los habitantes de aquel pais cuando los cruzados tuvieron que evacuarlo. Solamente el comercio y la industria tocaron algunos resultados que en definitiva fueron perniciosos á los mismos que explotaran uno y otra. Los orientales compraron casi esclusivamente á los cristianos armas de las que estos usaban, y que eran superiores á las suyas. Pero con esas armas y los elementos que los musulmanes tenian y de los que no se cuidaron de aprovechar los cruzados, como por ejemplo del fuego griego, se anticipó sin duda la completa derrota de los latinos en Oriente.

13.—Hemos dicho ya que las cruzadas dieron origen á la creacion de órdenes militares religiosas. El provenzal Gerardo de Martigues fundó el año 1100 la orden de los Hospitalarios, conocida mas adelante con el

nombre de caballeros de Rodas y de caballeros de Malta, y diez y ocho años despues (1118) fundó Hugo de Payens la orden de los Templarios ó de caballeros del Temple, la cual fué una especie de imitacion de la anterior. Una y otra tenian al principio por objeto la defensa y demás que hemos espuesto en el precedente capítulo.

Por el mismo tiempo se inventó el uso de los escudos de armas como para conocerse cada uno en medio de la confusion que producian las reuniones de guerreros en pais extranjero. Los grandes y caudillos emplearon emblemas distintivos en los escudos, en las cotas de malla ó en las banderas y pendones, y desde el siglo décimo tercero aquellos emblemas ó distintivos pasaron de padres á hijos. Tales escudos de armas formaron un lenguaje complicado en razon de que se unian á los emblemas heredados otros que recordaban algun hecho importante del sucesor, y constituyeron la intrincada ciencia del blason ó la Heráldica propiamente dicha.

Con el objeto tambien de evitar confusiones que no permitian á veces distinguir de quien se hablaba ó trataba, se inventaron por aquel tiempo los nombres de familia, conocidos gramaticalmente por apelativos ó patronímicos. Tal habia de ser la confusion que reinaria entonces con los nombres, que en una asamblea reunida en 1171 cerca de Bayeux se encontró que ciento diez señores de los allí congregados se llamaban Guillermo. Por lo tanto á los nombres de pila, los únicos usados hasta entonces y aun con escasa diversidad, se añadió el nombre de una herencia ó posesion para distinguir á cada una de las familias.

De aquella suerte no habia confusion por muchos que fueran los de un mismo nombre bautismal: uno por ejemplo seria Guillermo de la Marca, otro Gullermo de Angulema, etc.; pero todos serian terminantemente distintos con solo nombrar su apelativo. Falta sólo distinguir á los plebeyos y siervos, los cuales recibieron el apelativo en virtud

de una cualidad física ó moral que les caracterizase, como *Fuerte, Bueno, Santo, Rico*, etc., y esos calificativos pasaron á los sucesores de los que los habian obtenido. Tambien se daba á los que no tenian tierras el nombre de familia por alguna circunstancia de su nacimiento, como *Montes, Prado, Ribera, Cabañas*, etc., ó por su oficio, como *Herrero, Cortante*, ó por alguno de los útiles que empleaba ó hacia, como *Maza, Mesa*, etc., etc. Esos nombres pues eran propios para todos los miembros y sucesores de una familia, en tanto que el nombre de pila era personal y moria con el que lo llevara.

14.—Los nobles quisieron, una vez separados de las clases bajas de la sociedad por sus distintivos, organizarse de una manera que les distinguiese y separase mas aun de los plebeyos. Al efecto instituyeron las órdenes militares de *Caballería*, en las que solamente podian ingresar los nobles despues de haber pasado por ciertas pruebas y haber recibido cierta instruccion. Cheruel en su *Diccionario de las instituciones y costumbres de Francia* nos ha dejado la siguiente reseña de las condiciones que habia de tener el noble que ingresaba en la *Caballería*:

«Desde la edad de siete años se apartaba de las mujeres al futuro caballero y se le confiaba á algun valiente varon que le diese ejemplo de las virtudes caballerescas. Hasta los catorce años acompañaba al castellano ó á la castellana como page, servidor ó doncel. Seguía á la caza, lanzaba el halcon y le hacia volver, manejaba la lanza y la espada, se fortalecia con los ejercicios mas rudos, y con esa incesante actividad se preparaba á las fatigas de la guerra y adquiria la fuerza física necesaria para llevar los grandes armamentos de la época. El ejemplo de un señor que le presentaban como modelo de caballería, los altos hechos de armas y de amor que le contaban durante las largas veladas de invierno en la sala en que estaban suspendidas las armaduras de los caballeros y que estaba llena con sus recuerdos; algunas veces tambien los cantos de un trovador que pagaba la

hospitalidad del señor con alguna cancion en honra de los paladines de Carlomagno y de Rolando, formaban la educacion moral é intelectual que el jóven recibia, la cual grababa en su pensamiento un cierto ideal de caballería que debia procurar realizar algun dia.

«A los quince años entraba de *escudero*. Habia *escuderos de corps* ó de *honor*, que acompañaban á caballo al castellano y á la castellana; *escuderos de mesa*, que servian á la del señor; *escuderos de armas*, que le llevaban la lanza y las diversas piezas de la armadura. Las ideas del tiempo enaltecian esos servicios domésticos. Solamente un noble podia servir el vino y los alimentos á la mesa señorial, y acompañar al castellano en las escursiones á través del bosque. La religion y la guerra que tenian una influencia dominante en la vida de la Edad Media, se reunian para consagrar la iniciacion del escudero. Conducíanle al altar en el momento en que salia de la infancia para entrar en la juventud. Su educacion física, militar y moral se confirmaba con violentos ejercicios. Cubierto con una pesada armadura, atravesaba fosos, escalaba murallas; y las leyendas de la caballería desarrollaban mas y mas en su espíritu ese modelo de valor y de virtud que, bajo los nombres de Amadis, de Rolando, de Olivero y de tantos otros héroes, la poesía ofrecia á las imaginaciones. Añádanse á esa educacion, que fortalecia el cuerpo é inspiraba el gusto de las aventuras heróicas, los preceptos de la religion cristiana, cuya provechosa influencia envolvia en algun modo al futuro caballero y le penetraba de sus principios, y se comprenderá como se formarian las almas santas y magnánimas de un Godofredo de Bouillon y de un Luis IX. A los diez y siete años, el escudero partia á menudo para largas expediciones. Un anillo suspendido del brazo ó de la pierna anunciaba que habia hecho voto de cumplir alguna brillante proeza, antes de recibir la orden de caballería.

«Finalmente, cuando tenia veinte y un años y por su valor parecia digno de

ser armado caballero, se preparaba á esa iniciación por medio de ceremonias simbólicas. El baño, signo de la pureza del cuerpo y del alma, la velación de armas, la confesión muchas veces en alta voz y la comunión, precedían al nombramiento del nuevo caballero; cubierto con vestidos de lino blanco, otro símbolo de pureza moral, era guiado al altar por dos prohombres, caballeros experimentados que eran sus padrinos de armas. Un sacerdote celebraba la misa y bendecía la espada.

El señor que debía armar al nuevo caballero le daba un golpe con el plano de la espada diciéndole: «Yo te hago caballero en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Le hacía jurar que consagraria sus armas á la defensa de los débiles y de los oprimidos; después le daba el abrazo y le ceñía la espada. Los padrinos de armas cubrían al nuevo caballero con diversas piezas de la armadura, y le calzaba las espuelas doradas,

signo distintivo de la dignidad de caballero. Terminaba muchas veces la ceremonia con un *torneo*. La caballería confería privilegios é imponía deberes. Formados en asociaciones y ligados por un sentimiento de honor y de fraternidad, los caballeros se defendían mutuamente; pero si alguno de ellos faltaba á la lealtad y al honor, era declarado *desleal*, ó *felon* degradado solemnemente y entregado al último suplicio. La cortesía y el respeto hacia las mujeres eran virtudes caballerescas.

Ahora debemos dar una reseña aunque

ligera del *blason*, las armas ó el *escudo de armas*. Los blasones se componían de varias partes esenciales tales como el *escudo*, los *esmaltes*, las *piezas* y los *muebles*. El escudo era el campo de los blasones: á veces era dividido por líneas que producían los *cuarteles* en los cuales figuraban las armas reunidas de varias familias ó ramas de una misma familia. Los blasones de los segundones eran quebrados ó *partidos* con las armas maternas. Esa partición se denominaba *lambel* y tenía la forma de una filete adornado de orla ó pendientes. Las armas de los bastardos eran atravesadas por una *barra* ó *banda*.

Entendiase y se entiende por esmaltes los *metales*, *colores* ó *forros* que caracterizan el campo del escudo. Los principales metales son el *oro* y la *plata*; los principales colores el *gules* ó bermejo, el *sinople* ó verde, el *azur* ó azul, el *púrpura* ó violado; el forro principal es el *armiño*.

Llámanse *piezas* el *jefe* ó parte alta del

escudo, la *faja* ó *banda* horizontal del mismo, el *palo* ó *banda* perpendicular á la faja y divosoria de arriba á bajo, la *cruc* formada por el cruzamiento de la faja con el palo, la *banda* y la *barra* que son *bandas diagonales*, etc.

Los *muebles* se componen con las figuras que se representan alegóricamente en los blasones, tales como *leones*, *cruces*, *torres*, *cabezas de moro*, y los ornamentos exteriores como los *timbres* ó *cascos*, *cimeras* y *coronas*, los *lambrequines*, los *soportes*, las *divisas*.

El color de *gules* ó rojo se marca por me-



LUIS VIII MARCHANDO CONTRA LOS ALBIGENSES.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La HISTORIA GENERAL DE FRANCIA constará precisamente de unas 300 entregas de ocho páginas en fólío, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado.

La adornarán unos 2,000 bellisimos dibujos entre láminas sueltas, grabados intercalados, portadas, retratos, etc. y una coleccion especial de láminas de gran tamaño, que representarán los sucesos mas memorables de Francia y las cuales podrán reunirse formando un hermoso album ó encuadernarse con la obra.

Todas las láminas, dibujadas por los mas renombrados artistas, como Gustavo Doré, Philippoteaux, Fath, etc., serán de REGALO para los suscritores á la presente historia.

Los que no siendo suscritores quieran hacerse con la coleccion de láminas sueltas que daremos durante la publicacion, pagarán por cada lámina de gran tamaño cuatro reales y por cada una de fólío un real y medio.

La entrega costará tan solo

un real en toda España.

Se repartirán con toda puntualidad dos entregas cada semana.

PUNTOS DE SUSCRICION.

BARCELONA: En la administracion de la «Enciclopedia ilustrada», calle del Cármen, números 30 y 32; en la «Ilustracion», Mendizabal, 4, y demas centros de suscripcion y principales librerías.

FUERA: En casa de nuestros corresponsales, en todos los centros de suscripcion y librerías españolas.

Los que quieran suscribirse directamente podrán mandar nota á D. Simon Torner, administrador de la «Enciclopedia ilustrada», remitiéndole por adelantado en sellos de correo ó libranza, á lo menos el valor de veinte entregas, el cual deberán renovar antes de mandarles otras.